

Institución del Ministerio Laical del Catequista

Catedral de Santiago, 31 mayo del 2025

+Alberto Lorenzelli Rossi - SDB

La vocación del ministerio laical del catequista, nace precisamente de un encuentro, de una visita de Jesús al discípulo. Que la fiesta de la Visitación de la Virgen María a su prima Isabel renueve su misión de servicio y que María, la estrella de la Evangelización sea su modelo de «estar siempre en modo salida», salir para servir y entregarse con alegría en la obra de la catequesis.

La visita

Tras el anuncio del ángel, la Virgen María acude sin demora a casa de su prima Isabel. Puede haber muchas razones por las que la Virgen María emprendió este viaje: el deseo de ponerse al servicio de su prima Isabel, sabiendo que esperaba un hijo a una edad tardía, así como el deseo de comunicar lo que le había sucedido, sabiendo que entre mujeres “visitadas” por el ángel es más fácil entenderse. En ese apresurarse a ir a casa de Isabel, María se revela como una mujer misionera -al llevar y compartir la alegría del anuncio- y como una mujer caritativa -al ponerse al servicio de su prima anciana.

Pero nada impide pensar que también existía el “santo deseo” de ir a ver la “señal” que el Ángel le había revelado: “Y he aquí que Isabel, tu pariente, en su vejez también ha concebido un hijo, y éste es el sexto mes para ella, que se decía que era estéril: nada es imposible para Dios” (Lc 1,36-37). Al fin y al cabo, también los pastores fueron de prisa a ver la “señal» que los ángeles les anunciaron en la noche de Navidad: «Esta es la señal para ustedes: encontrarán un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre» (Lc 2,12). Esto confirma que María no subestima los “signos” que Dios le ofrece.

El encuentro entre dos madres y, dos catequistas

La escena del Evangelio une las dos «anunciaciones», a Isabel y a María: dos mujeres y dos promesas. Y en cuanto escucha el saludo de María, el bebé en el vientre de Isabel comienza a “saltar de alegría”. El Mesías, Jesús, aún no nacido, pero está presente en el vientre de su madre María, y se encuentra con Juan, el precursor, un profeta también presente en el vientre de su madre Isabel; el reconocimiento provoca alegría y exultación. Dos mujeres catequistas, que enseñaron a sus hijos con su pedagogía materna, las primeras palabras de alabanza a Dios, los primeros gestos de escucha a la voluntad de Dios, los primeros pasos para ir a servir a los otros. Dos catequistas fieles y humildes aceptando su papel en la historia de la salvación, llevado a los hijos al crecimiento maduro que culminó en la entrega de su vida por amor. Catequistas, déjense iluminar por ellas dos, por dos generaciones, la frescura de la juventud y la sabiduría de los años.

Hermanos y hermanas en Cristo:

Hoy nos reunimos para celebrar un momento especial en la vida de la Iglesia: la institución del ministerio del catequista. Este ministerio, que está en el corazón mismo de la misión de Cristo, es un llamado a evangelizar, enseñar y dar testimonio del amor de Dios en el mundo. Hoy, damos gracias a Dios por el don de los catequistas, esos hombres y mujeres que, movidos por su vocación, se entregan generosamente a la formación en la fe de todos, especialmente de los más pequeños, de los jóvenes y de todos aquellos que desean profundizar en su conocimiento de Jesús.

1. Vocación

El Ministro Laico es, en primer lugar, un bautizado laico, con una fe profunda y una vida de seguimiento del Señor. Lo que testimonia en su vida en medio del mundo, se nutre en la oración, particularmente en la celebración eucarística y en la Palabra a la que sirve.

En segundo lugar, se trata de alguien que ejerce un servicio pastoral de modo estable en su comunidad. Este llamado es una vocación, un don divino que va más allá de una simple tarea humana. En las palabras del Evangelio, vemos cómo Jesús llama a sus discípulos para que lo sigan, y este mismo llamado se extiende al ministerio de los ministros catequistas de hoy. No se elige a sí mismo; es elegido por Dios, y su vocación es una respuesta libre y generosa a ese llamado. Así es la vocación del catequista: un llamado que tiene su origen en el amor de Dios, que se hace presente desde lo más profundo de su vida.

2. Servicio

Desde su vocación como bautizado asume su corresponsabilidad en la tarea de la Iglesia local. Por esta vocación sirve de manera prioritaria a Dios en el mundo, en la familia, en el trabajo, y en la cultura, realizando su ministerio y sus tareas en las condiciones ordinarias de su existencia como laico cristiano [Cfr. L.G., 31b.]. El ministro catequista es, ante todo, un servidor. Jesús, en el Evangelio, nos enseña que el que quiera ser grande debe hacerse servidor de todos (Mt 20, 26). Ser ministro no es una posición de poder, sino un servicio generoso a la comunidad. No solo transmite conocimientos, sino que, sobre todo, se pone al servicio de la fe, acompañando a las personas en su camino espiritual, guiándolas con amor y paciencia. Al enseñar la fe, el ministro catequista también enseña con su vida a ser humilde, a ser servidor de los demás. Este ministerio está unido a la entrega desinteresada de uno mismo por el bien del otro.

3. Evangelización

El ministro catequista es un evangelizador. La misión de la Iglesia es evangelizar, y el catequista ocupa un lugar central en esa misión. La evangelización no consiste solo en predicar, sino en vivir la fe y transmitirla de manera que otros puedan encontrar en ella la vida nueva en Cristo. El catequista no solo enseña conceptos, sino que invita a vivir el Evangelio, a entrar en una relación personal con Jesucristo. San Pablo nos dice en la carta a los Romanos: "La fe viene por el oído, y el oído por la palabra de Cristo" (Rm 10, 17). El ministro catequista, como portavoz de esta palabra, se convierte en un instrumento de la evangelización, llevando el mensaje de Jesús a todos aquellos que se le confían. La evangelización se basa en un profundo encuentro con Cristo y en el deseo de transmitir ese encuentro a los demás.

4. Testimonio

A la luz de Jesús, Divino Maestro, como catequista, el M.L.C. "es al mismo tiempo testigo de la fe, maestro y mistagogo, acompañante y pedagogo que enseña en nombre de la Iglesia" (A.M., 6). Es también un testigo de la fe. No basta con enseñar la doctrina; es necesario vivir lo que se enseña. La coherencia entre la palabra y la vida es esencial en el ministerio del catequista. Jesús mismo nos lo dice: "Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama" (Jn 14, 21). El testimonio cristiano del ministro catequista no solo se da a través de palabras, sino también a través de una vida entregada a Dios y a los demás. Al vivir la fe de manera auténtica, el ministro da testimonio de la verdad del Evangelio, y su vida se convierte en una predicación silenciosa pero poderosa. A través de su testimonio, los demás pueden ver la luz de Cristo resplandecer en el mundo.

5. Profecía

El ministerio del catequista también tiene una dimensión profética. Así como los profetas anunciaban la palabra de Dios, a veces en momentos de dificultad y adversidad, el catequista está llamado a proclamar la verdad del Evangelio en un mundo que muchas veces se aleja de Dios. La profecía del catequista no solo se refiere a la proclamación del futuro, sino también a la denuncia de las injusticias y la luz que el Evangelio ofrece frente a las sombras de la sociedad.

Ser ministro catequista es ser un portavoz de la verdad que salva, incluso cuando esta verdad es difícil de aceptar. Con valentía y humildad, sigue siendo la voz de la verdad, guiado siempre por el Espíritu Santo.

6. Esperanza

El ministro catequista es un hombre o mujer de esperanza. Enseñar la fe es sembrar esperanza. Cuando el catequista transmite las verdades del Evangelio, lo hace con la confianza de que las semillas que planta darán frutos. En un mundo que muchas veces parece sombrío, el catequista es un portador de esperanza. La esperanza en Cristo, que resucita a los muertos y da vida a todo lo que es bueno y verdadero. La esperanza del catequista no es una esperanza vacía, sino una esperanza basada en la certeza de que Cristo ha vencido al pecado y a la muerte. Por eso, al enseñar, siembra no solo en el presente, sino con una mirada puesta en el futuro, sabiendo que la fe que transmite perdura más allá del tiempo.

7. Eclesialidad

El ministerio del catequista se realiza siempre en comunión con la Iglesia. no es un agente aislado; su servicio está enraizado en la vida eclesial, en la comunidad de los creyentes. La eclesialidad implica que no trabaja solo, sino que lo hace en colaboración con la Iglesia, bajo la dirección y guía del Magisterio de la Iglesia, los pastores y el Papa. La eclesialidad también significa que el ministro catequista es parte de un cuerpo. No solo transmite la fe de manera individual, sino que lo hace dentro del contexto de una comunidad que comparte la fe. Este servicio se realiza no para el beneficio personal, sino para el bien de la comunidad cristiana, que crece y madura en la fe a través de este ministerio. Promueve e impulsa la acción evangelizadora de la comunidad eclesial en vistas del Primer Anuncio entre cristianos alejados y en periferias. Junto a ello, puede recibir encargos particulares para las tareas misioneras.

8. Discipulado

El ministro catequista es, ante todo, un discípulo. Su vida está marcada por el seguimiento de Cristo. El discipulado implica una relación constante con Jesús, un aprender de Él, un caminar tras sus huellas. Antes de enseñar, debe ser un discípulo que vive el Evangelio, que escucha la palabra de Dios, que ora y se nutre de la gracia. El ministro catequista también forma discípulos, ayudando a los demás a descubrir su vocación cristiana y a vivirla plenamente. En su ministerio, actúa como un guía en el camino del discipulado, ayudando a otros a crecer en su relación con Cristo y a seguirlo con fidelidad.

9. Conclusión

Hermanos y hermanas, al celebrar la institución del ministerio del catequista, damos gracias a Dios por este precioso don. Los ministros catequistas, con su vocación, su servicio, su evangelización, su testimonio, su profecía, su esperanza, su eclesialidad y su discipulado, son instrumentos de la gracia de Dios. Oremos para que el Espíritu Santo siga guiando y fortaleciendo a todos los catequistas, y para que nos conceda a todos vivir más plenamente nuestra propia vocación de ser discípulos y misioneros de Cristo.

María, mujer de la escucha, haz que se abran nuestros oídos; que sepamos escuchar la Palabra de tu Hijo Jesús entre las miles de palabras de este mundo; haz que sepamos escuchar la realidad en la que vivimos, a cada persona que encontramos, especialmente a quien es pobre, necesitado, tiene dificultades.

María, mujer de la decisión, ilumina nuestra mente y nuestro corazón, para que sepamos obedecer a la Palabra de tu Hijo Jesús sin vacilaciones; danos la valentía de la decisión, de no dejarnos arrastrar para que otros orienten nuestra vida.

María, mujer de la acción, haz que nuestras manos y nuestros pies se muevan “deprisa” hacia los demás, para llevar la caridad y el amor de tu Hijo Jesús, para llevar, como tú, la luz del Evangelio al mundo. Amén.